

# Pinceladas vibrantes

E N E R O 2 0 2 1



**Hélène Legrand**

## **Santa María, Reina y Señora de todo lo creado**

Comenzamos el año con la fiesta solemne de Santa María Madre de Dios. Nuestras vidas, los proyectos de un nuevo año los ponemos bajo su manto, a la luz de su mirada. En esta pintura, obra de la artista francesa contemporánea, Hélène Legrand, fascinante autora de imágenes llenas de autenticidad y verdad, María, reina del cielo, emperatriz del universo, contempla orante la superficie del globo terráqueo, el mundo de los hombres.

Recogidas sus manos en oración, entrecerrados sus ojos en la contemplación y dialogo interior, asoma su cuerpo para abrigar y proteger a la humanidad. Es precisamente su seno materno el que apoya y recoge el planeta, enjambre de la vida de los hombres, de cada hombre. Su seno virginal, el lugar donde se gestó la vida divina es el que abraza el planeta, al tiempo que entre sus manos unidas, y de su corazón surge como un espejo, una superficie esférica reflejo del globo terráqueo con tintes ocres y grandes lagunas

azules, prolongación de los colores de su manto, de su ser materno humano revestido de divinidad. Nuevos cielos y nueva tierra gestados por la gestación divina de María, Jerusalén celeste lo llamamos, cielo, tierra de barro azulada, redimida divinizada.

Hélène Legrand, que en la actualidad mantiene valientemente la búsqueda de la belleza en el arte, expresa la obra de Dios Creador y de Cristo Redemptor, a través de la técnica pictórica tradicional, con aportaciones contemporáneas que ayuden a la expresividad, pero no que nieguen, polemiquen o ataquen la visión y percepción del arte como algo sublime, que eleva y refleja la capacidad del hombre de colaborar con el Creador.

La figura de María monumental se yergue como una pirámide sobre la base del mundo. Sus formas corporales manto, hombro, manga... se modelan con formas redondeadas y tonos azules, en consonancia con el ambiente celeste y cosmológico. El universo se refleja en ella, está en ella. Las estrellas y cometas se deslizan sobre el fondo oscuro y detrás de su figura se adivina un astro incendiado de fuego, como un infierno que también existe, pero que se encuentra donde la ausencia de Dios es palpable, tras la espalda de María.

En el vértice surge la cabeza de la Virgen, enmarcado por el manto que se salpica el pigmento blanco en doce puntos de estrellas. Esta es su corona, no de oro ni plata sino del propio material cosmológico del que los hombres formamos parte. Los hijos de los hombres somos su corona, siempre que estemos llenos de luz, de Espíritu Santo. Es la Inmaculada, la mujer del Apocalipsis (Ap 12), vestida de sol, con manto azul celeste, con la luna abajo sus pies y coronada por doce estrellas.

Su rostro brillantemente iluminado por la luz que se posa sobre su cabeza, oído y mejilla. Se diría que la luz del Espíritu de nuevo la acaricia, como el día de la Anunciación cuando inclinó la cabeza para recibir la Ruaj de Yaveh, que los Padres gustaron de llamar *conceptio per aurum*, concepción por el oído. Al igual que Eva pecó al escuchar a la serpiente, la nueva Eva escucha las palabras del arcángel y asiente. Si por el oído de la primera mujer vino la perdición, por el oído de María viene la Salvación.

Su cabeza se inclina hacia abajo, enmarcada por el cabello castaño que desdibuja el pincel empastado, y la curva de la barbilla, que se prolonga hasta el manto y deja entrever un cuello esbelto. Bajo la frente despejada, nos deleitamos con un bellissimo perfil, dibujado con bellas formas redondeadas, curva y contra curva, donde la línea vertical de la nariz respingona, muy francesa, se equilibra en los arcos de las cejas que tienen su eco en la línea de los ojos entrecerrados. Todo equilibrio, medida, recato, para llevarnos a la belleza de María, a la perfección de la criatura, a la humildad de la sierva.

Sus ojos se cierran para ver, con esa mirada interior que abarca todo, que

lo quiere todo, que le importa todo y todos. Mira de soslayo a la humanidad que habita la tierra. Su porte es egregio, de reina. Reina serena sobre el cosmos, pero también trabaja, porque es madre y no puede estarse quieta y dejar de sentir amor por sus hijos, hijos en el Hijo, y une sus manos y reza.

La dulzura de su sonrisa es más poderosa que la visión de una humanidad ahogada en el mar de la angustia, el sinsentido y la desesperanza, sedienta de dinero y de ser, aterrorizada por el sufrimiento, con las manos manchadas de sangre de madres despedazando a sus criaturas, de médicos con jeringuillas de veneno, de abusos y odios, de placeres que cosifican y degradan. No vemos sus lágrimas ni su corazón traspasado una vez más por los que matan a su hijo en esos cristos de cada generación. Toda su fuerza y la presencia de su figura se centra en acudir a la llamada del que clama en este valle de lágrimas, y solícita interceder por él. Para que el cielo llegue a la tierra. Para adelantar la hora de su Hijo como en Caná. Para convencernos, con su ternura amorosa, de hacer lo que Él, Jesús, nos dice.

La tierra, con sus formas montañosa y marinas se compone sobre la textura del lienzo plegado en relieve, y manchado con superficies lisas que la espátula ha extendido sobre la dañada superficie cargada de eras geológicas. Imágenes que encajan, chocan, se enredan. Múltiples capas de temple y veladuras pacientemente superpuestas, para que se filtre la noción de tiempo, de tierra, de humanidad.

El manto de María refleja los tonos ocre y azulado de la tierra y los mezcla con extrañas formaciones de luz y reflejos. Ella, como Eva, fue hecha de tierra, la humanidad está en ella, la biología, el agua y las sales minerales del cuerpo humano componen su carne, que inundada del Espíritu Santo y habitada por el Verbo eterno, han hecho gloriosa.

La aspereza del soporte del lienzo, arrugado, plegado y sin imprimación en algunos lugares, evoca las heridas del tiempo, de la humanidad caída, que se extiende por la tierra y llega al cuerpo de María y al espacio sideral porque la creación entera espera con dolores de parto, y María se ha dejado romper, y su corazón ha sido traspasado. Pero las grietas conviven con la suavidad de la superficie cuidada, de las pinceladas relamidas, en sus manos, su rostro, las superficies cercanas a su corazón. Hay esperanza para la humanidad. El mundo está en el corazón de María, en su mirada solícita, en su oración y súplica ante su Hijo.

Durante los estudios de Hélène Legrand en la década de 1980, la pintura ya se consideraba obsoleta. Las ideas propuestas a principios de siglo por artistas como Marcel Duchamp siguieron siendo el nuevo evangelio: el futuro pertenece al arte conceptual. El color, los lienzos y los pinceles deben dar paso a los objetos pegados en los lienzos y las instalaciones. Arte es cualquier objeto que tú sacas de su contexto y lo miras como tal y lo presentas

así, eso sí, a un alto precio: un retrete, unos ladrillos en el suelo, unos sacos de arpillera quemados o unos travesaños de tren viejos y desgastados.

Hélène Legrand se ha negado a inclinarse a estas tiranías del arte moderno, reflejo del hombre que se descompone y que vive en la estética de la pobreza humana, la negritud de lo espiritual y la fealdad por bandera. Durante más de veinte años ha trabajado intensamente desde la Université des Arts Plastiques Paris I, en una obra impresionante, llena de verdad, de imágenes que conmueven y llenan, con técnicas modernas sí, pero al servicio de la imagen figurativa, de la verdad del contenido. Para esta pintora la transmisión de las tradiciones pictóricas han sido y son una preocupación central.

También se ha dicho que precisamente, en este momento de racionalización y desarrollo tecnológico, esta pintora se permite un “pensamiento salvaje”, mágico, grandioso, fundiendo figuras y formas, para relatar impresiones puramente sensoriales y experimentar una vez más, en toda su gloria, la belleza y la seducción del mundo.

Sus animales y pájaros en fuga dejan tras ellos, a cada batir de sus alas, un eco de formas. Igualmente en este lienzo las nubes, las estrellas, el movimiento del cosmos se expande con la técnica del lienzo roto y del puntillismo del pigmento blanco que se chorrea aleatoriamente, en una vía láctea espontánea y muy viva.

Todo un cosmos presidido por María, alentado por María, amado por María. Transmitido con complejas formas y colores aplicados de manera extraña, original y fascinante. Una obra que transmite una profundidad teológica que las palabras no son capaces de describir. Que contagia belleza, ternura, predilección, protección materna, amor en esencia pura. María te quiere, le importas, también tu mundo, tus heridas, tu cosmos, tu familia, tu universo, tus gemidos... todo está bajo su mirada, remansando en su regazo, entre sus manos.

Pilar Gordillo

CEO de EVOCARTE